

ECUADOR **Debate**

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira,
Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga,
Freddy Rivera Vélez, Marco Romero.

Director: Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez Parga. 1982-1991
Editor: Hernán Ibarra Crespo
Asistente General: Margarita Guachamín

REVISTA ESPECIALIZADA EN CIENCIAS SOCIALES

Publicación periódica que aparece tres veces al año. Los artículos y estudios impresos son canalizados a través de la Dirección y de los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones, comentarios y análisis expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

© ECUADOR DEBATE. CENTRO ANDINO DE ACCION POPULAR

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$ 45

ECUADOR: US\$ 15,50

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 15

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR US\$ 5,50

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Tel: 2522763 . Fax: (5932) 2568452

E-mail: caaporg.ec@uio.satnet.net

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

PORTADA

Magenta

DIAGRAMACION

Martha Vinueza

IMPRESION

Albazul Offset



ISSN-1012-1498

ECUADOR DEBATE 85

Quito-Ecuador, Abril del 2012

PRESENTACION / 3-6

COYUNTURA

Diálogo de Coyuntura: Protesta social y reactivación de la oposición política / 7-24

Conflictividad socio-política: Noviembre 2011-Febrero 2012 / 25-34

TEMA CENTRAL

El reino (de lo) imaginario: Los intelectuales políticos ecuatorianos
en la construcción de la Constitución de 2008

Pablo Andrade A. / 35-48

Los intelectuales en su laberinto (la ilusión de lo político)

Roberto Follari / 49-58

Gramsci y los intelectuales

Hernán Ibarra / 59-72

La desvinculación social y el intelectual disidente

Osmar Gonzales Alvarado / 73-84

Intelectuales indígenas ecuatorianos: tensiones y desafíos
ante el sistema educativo formal

Alejandra Flores Carlos / 85-100

Gobernabilidad y autonomía. Dos cuestiones claves para el estudio
de los profesionales y expertos

Ricardo González-Leandri / 101-110

DEBATE AGRARIO-RURAL

Comunidades y territorio en la Costa del Ecuador

Rafael Guerrero / 111-136

2 Índice

ANÁLISIS

Condición laboral y proyecciones culturales en San Andrés, cantón Guano
Juan Fernando Regalado / 137-154

La derrota de las organizaciones socialistas en México (Estado de Hidalgo)
1917-1942

Pablo Vargas González / 155-174

RESEÑAS

San Roque: indígenas urbanos, seguridad y patrimonio / 175-178

Runakunaka ashka shaikushka shinami rikurinkuna, ña mana tandanakunata
munankunachu: la crisis del movimiento indígena ecuatoriano / 179-182

Gramsci y los intelectuales

Hernán Ibarra

Las elaboraciones de Gramsci sobre los intelectuales son frecuentemente mencionadas aunque sin tomar en cuenta los múltiples aspectos que procesó en su rica y compleja obra. Es necesario acercarse a una lectura contemporánea de Gramsci que lo sitúe en su originalidad y aportes a la comprensión de las relaciones entre intelectuales, cultura y política.

El asunto de los intelectuales aparece en Gramsci de modo persistente en sus preocupaciones de tipo teórico y político expuestas de manera fragmentaria en los *Cuadernos de la cárcel* escritos entre 1929 y 1935. En ocasiones la apreciación de la cuestión de los intelectuales aparece como un aspecto general y en otras como parte de una tipología. La cuestión de los intelectuales se halla indiscutiblemente asociada al concepto de hegemonía, Estado y sociedad civil puesto que los distintos tipos de intelectuales habitan en un lugar específico de la sociedad y la política. En Gramsci existe un enlace hacia la política en términos de su conexión y distancia del marxismo de la Tercera Internacional y por otra parte con la problemática de la inserción de la cuestión cultural de índole nacional y popular donde reside su mayor originalidad. Ciertamente, las lecturas más usuales de

sus textos tienden por lo general a enfatizar su distinción entre intelectuales tradicionales e intelectuales orgánicos.

Por lo que, no deja de ser extraño que a comienzos de la década del setenta del siglo XX, el pensamiento de Gramsci haya tenido un declinante influjo en el Partido Comunista de Italia. A pesar de que como decía Macchiocchi, “el pensamiento marxista, en Italia, se apoya, para generaciones de militantes, sobre las robustas espaldas de Gramsci, ... un pensador marxista original, lo que constituye la mayor riqueza del partido comunista italiano...”,¹ estaba ausente de los debates teóricos y políticos, su influencia aparecía debilitada aunque se convertía en una referencia del conocimiento erudito. En cambio, en España, Gramsci estuvo vigente en las controversias políticas de la transición política y la conversión del Partido comunista español al eurocomunismo.

1 María Antonietta Macciocchi, *Gramsci y la revolución de Occidente*, Siglo XXI, México D.F., 1980, 4ª. ed., p. 255.

En la misma década de 1970 se producía el apogeo de la difusión gramsciana en algunos países de América Latina, particularmente en Argentina y Brasil donde se gestaron además importantes interpretaciones que animaron el debate intelectual y político. También se instalaba en los espacios académicos anglosajones y desde entonces no ha dejado de ser una referencia importante. De hecho, los historiadores hindúes recurrieron a conceptos gramscianos para nutrir sus argumentos sobre la historia subalterna.

Si se observa la temprana llegada de Gramsci en Argentina a fines de la década de 1950, sin embargo como sostiene Aricó se tomaban ideas fragmentarias para sustentar posiciones políticas en los debates internos del partido comunista argentino.² Algo que ocurría por el conocimiento parcial del teórico italiano debido al modo en el que se editaron inicialmente sus textos.

En el Ecuador ocurrió una acogida limitada de Gramsci en los años setenta generalmente con la recurrencia a términos como hegemonía; sociedad civil; o lo ocasional y lo orgánico como fundamentos de análisis político.³ Esta recepción inicial de Gramsci ocurrió junto a la difusión del pensamiento de Althusser y Poulantzas. Predominaba entonces la problemática de las relaciones entre base y superestructura, lo que impedía enten-

der la especificidad de los conceptos gramscianos. En el caso de Poulantzas se trató sobre todo de su planteamiento sobre la autonomía relativa del Estado como un intento de escape al determinismo económico. De hecho, la noción gramsciana de hegemonía estaba filtrada por la lectura de Poulantzas. De Althusser fue más importante la concepción de los aparatos ideológicos del Estado parcialmente derivada de una lectura de Gramsci. Así mismo, se inicia una leve recepción del pensamiento de Foucault, más bien crítico de los enfoques institucionales y jurídicos. En los años ochenta se asumieron algunas propuestas gramscianas acerca de lo nacional popular y la cultura. Todo este ingreso parcial del pensador italiano produjo escasas reflexiones sobre su obra. Y después de los años noventa se dejó de mencionarlo incluso como referencia de las ciencias sociales. Además, su eco en la izquierda fue prácticamente inexistente donde más bien imperaba un marxismo de manual.

A comienzos de los años noventa García Canclini afirmaba que la obra de Gramsci carecía de la importancia que tuvo en el pasado y proponía reflexionar sobre "aquello para lo cual Gramsci dejó de ser útil".⁴ Sostenía que aunque su aporte sirvió para estudiar las culturas subalternas y lo nacional popular, las nuevas circunstancias de transformaciones culturales de América Latina con la desterrito-

2 José Aricó, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Nueva Sociedad, Caracas, 1988, pp. 186-187.

3 Por ejemplo, Patricio Moncayo utilizó la distinción entre lo ocasional y lo orgánico para su análisis del significado de los cambios políticos en su texto *Grietas en la dominación* (Quito, 1977).

4 Néstor García Canclini, "Cultura y nación. Para qué no nos sirve ya Gramsci", *Nueva Sociedad*, No. 115, septiembre-octubre 1991, p. 98.

rialización, habían producido una hibridación de los procesos culturales que modificaron los anclajes nacionales transformando los contextos que dieron lugar a los estudios de las culturas populares tan vigentes en los años ochenta.

La aparición de los intelectuales

El surgimiento de los intelectuales como una categoría social, tuvo variadas condiciones en los diversos países europeos, produciendo además una transformación de la misma idea de lo que podía definirse como un intelectual. La expansión de la educación en el siglo XIX y la creación de mercados culturales se alimentaron mutuamente. El crecimiento de las universidades y las profesiones universitarias ensancharon el ámbito de los intelectuales, aunque esto fue más consistente en Francia, Alemania e Inglaterra. Asimismo el desarrollo del Estado ofreció empleos a los intelectuales tengan o no una profesión.⁵ La configuración de un campo cultural con peculiaridades nacionales permitió crear criterios propios de legitimación de los intelectuales como productores culturales y las conexiones con el espacio político donde se podían dar intervenciones de índole política. En este sentido se ha dado mucha significación al caso Dreyfus, a fines del siglo XIX en Francia, para el apareamiento de la figura pública del intelectual, cuando Emilio Zola presentó un famoso manifiesto titulado “Yo acuso”

donde tomaba partido por Dreyfus, un oficial del ejército francés que había sido acusado equivocadamente de espionaje. Se trataba de una toma de posición que asumía un escritor defendiendo lo que consideraba una causa justa en el marco de una inmensa polarización que se produjo en adhesiones y rechazos que pusieron en el tapete a los intelectuales como grupo de opinión. Y fue en el clima creado por el affaire Dreyfus donde también se procesaron las polémicas que definieron a la sociología como disciplina a partir de las elaboraciones de Durkheim.⁶

En un terreno muy distinto, la invocación al papel de los intelectuales en la acción política directa adquirió una definición fundacional en *¿Qué hacer?* (1902), el controversial texto de Lenin donde se asignaba un papel central a los intelectuales como organizadores y propagandistas de la naciente socialdemocracia rusa. Su razonamiento partía de la concepción por la que los trabajadores estaban en la imposibilidad de alcanzar una conciencia política por sí mismos. En tanto las acciones reivindicativas por sí solas solo conducían a una conciencia sindicalista y organizaciones laborales que carecían de una capacidad de acción política. Sostenía que la conciencia política de los trabajadores solo “podía ser introducida desde fuera”, puesto que “la doctrina del socialismo ha surgido de teorías filosóficas, históricas y económicas, elaboradas por repre-

5 Christophe Charle, *Los intelectuales en el siglo XIX*, Siglo XXI, Madrid, 2000.

6 Steven Lukes, *Émile Durkheim. Su vida y su obra*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1984, pp. 353-357.

sentantes instruidos de las clases poseedoras, por los intelectuales".⁷ Esto tenía por supuesto una peculiaridad rusa, donde un fermento intelectual posterior a 1860 permitió la aparición de núcleos estudiantiles descontentos con el régimen autocrático y la denominación de *intelligentzia* a un grupo social que participaba activamente en la vida cultural y promovía actitudes contestatarias.⁸

Ha sido mencionado constantemente Julien Benda, quien en 1927 hizo esta definición de intelectuales: "todos aquellos [hombres] cuya actividad no persigue esencialmente fines prácticos" y practican el arte, la ciencia o la "especulación metafísica" al margen de las pasiones políticas y centrados más bien en los principios de la humanidad y la justicia.⁹ Esta visión normativa del intelectual ponía énfasis en el "desinterés" de la producción cultural de naturaleza abstracta. Si bien existía una particularidad de los intelectuales que les daba un vínculo con una esfera nacional, había irrumpido el nacionalismo como una pasión. Aunque no está explicitado, Benda se refiere a productores de ideas, literatura e historia que tienen un reconocimiento general. Adicionalmente, el catolicismo también se había volcado como un apoyo del nacionalismo que exaltaba las pasiones nacionales. También consideraba que determinados intelectuales modernos habían contribuido a "exacerbar en las clases el sentimiento de su diferencia".¹⁰ Los valores

de la modernidad centrados en el universalismo se hallaban asediados por la nación, la clase o la religión que seguían siendo fundamentos organizadores de la adhesión política. Su mayor acento está en denunciar al nacionalismo como una pasión.

Las ideas que desarrolla Mannheim en *Ideología y utopía* en 1929, ilustran un tipo de preocupaciones sobre los intelectuales en el marco mayor de su elaboración sobre la sociología del conocimiento. Observa Mannheim que los intelectuales son un producto de la modernidad y la democratización de la sociedad cuando han surgido modos competitivos de interpretación del mundo que en algún momento deben llegar a una síntesis, por lo que ya no constituían una casta cerrada como había ocurrido en el mundo medieval. Si bien no precisa los campos del saber en los que intervienen los intelectuales, se trataría de un grupo social que aunque tiene diversos orígenes -por sus vínculos adquiridos en la vida cultural y la educación-, se encuentran socialmente desvinculados, aunque esto no impide que se adhieran a algún sector o clase social lo que podía producir una adhesión política no exenta de rechazos y ambigüedades. De allí que a los intelectuales les era preferible "percibir su propia posición social y la misión implícita en ella". Es decir, "un concepto más claro del sentido y del valor de su propia posición en

7 V.I. Lenin, *¿Qué hacer?*, Editorial Progreso, Moscú, 1970, p. 142.

8 Christophe Charle, op. cit., pp. 163-164.

9 Julien Benda, *La traición de los intelectuales* [1927], Círculo de Lectores, Barcelona, 2008, pp. 124-125.

10 *Ibid.*, p. 168.

el orden social".¹¹ Esto enuncia la necesidad de una autonomía y comprensión de la función de los intelectuales.

Estas referencias a las nociones e imágenes que se habían forjado sobre los intelectuales son indispensables porque a Benda y Lenin se remite de modo explícito Gramsci, cuando habla del gran intelectual o de los intelectuales orgánicos. Sin embargo, la noción de gran intelectual está fuertemente condicionada por sus amplios comentarios a Croce y otros intelectuales italianos que habían producido reflexiones políticas e históricas sobre Italia.

Las elaboraciones gramscianas

Para proceder a una lectura actual de Gramsci, es indispensable situarlo adecuadamente en su tiempo, en sus coordenadas políticas y teóricas. Esto quiere decir que sus ideas están inscritas en un tiempo histórico con la lógica de sus razonamientos y problemáticas, asumiendo que con el pasar del tiempo se erosionan ideas que respondían a un ambiente histórico específico.¹² Para ello es muy importante pensar a Gramsci fijándolo en sus reflexiones sobre la historia italiana y europea, puesto que solo allí adquieren sentido sus preocupaciones sobre los intelectuales y la cultura.

La Italia del siglo XIX puede caracterizarse junto con Alemania como los

casos más tardíos de formación nacional en Europa. La existencia de grandes contrastes regionales era peculiar de Italia junto a un desarrollo capitalista desigual.

La unificación nacional italiana (1860-1870) estableció una clara dominación del norte italiano (Norte industrial/Sur agrario). Esta división caracterizó al norte de Italia como eje del desarrollo capitalista. Además Italia llegó tarde al reparto del mundo como potencia colonial. Mientras Inglaterra y Francia habían consolidado posesiones coloniales en Asia y África en el siglo XIX, Italia se posesionó de Libia hacia 1911 mediante una invasión.

La cuestión de los intelectuales surge originalmente en Gramsci a partir de los debates internos que se producían en la izquierda italiana sobre las dificultades en la construcción de una hegemonía obrera en un país con amplias masas rurales y una cultura católica predominante.¹³ En *Algunos temas sobre la cuestión meridional* se propone una problemática política y cultural que da origen a sus análisis sobre los intelectuales vinculada a la proposición de la alianza obrero campesina que aparecía como una fórmula exitosa de la revolución rusa.

"El proletariado puede convertirse en clase dirigente y dominante en la medida que consigue crear un sistema de alianzas de clase que le permite movilizar contra el capitalismo y el Estado burgués

11 Karl Mannheim, *Ideología y utopía* [1929], Fondo de Cultura Económica, México D.F., 2004, pp. 196 y 197.

12 Renato Ortiz, "Notas sobre Gramsci e as Ciências Sociais", *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, Vol. 21, No.62, 2006, p. 96.

13 Las dificultades de inserción del partido comunista en el sur italiano fueron estudiadas por Sidney Tarrow en *Peasant Communism in Southern Italy*, Yale University Press, New Haven, 1967.

a la mayoría de la población trabajadora, lo cual quiere decir en Italia, dadas las reales relaciones de clase existentes en Italia, en la medida en la que consigue obtener el consenso de las amplias masas campesinas".¹⁴

En su definición de intelectual, cada grupo social crea sus intelectuales, por lo cual el intelectual es una función de un grupo social determinado, de donde devendría el intelectual orgánico. En algunas interpretaciones los intelectuales orgánicos, serían aquellos que tienen lazos directos con un grupo social y cumplen el papel de ideólogos.¹⁵

Pero también los intelectuales tienen un origen social, en el sur italiano, la burguesía media y pequeña rural predominaba en la burocracia y las profesiones liberales. Mientras que en el norte, la burguesía media y pequeña urbana estaba inserta en los técnicos de la industria.

"Cuando se distingue entre intelectuales y no intelectuales se refiere uno en realidad y exclusivamente a la función social inmediata de la categoría profesional de los intelectuales, o sea, se piensa en la dirección en que gravita el peso mayor de la actividad profesional específica; en la elaboración intelectual o en el esfuerzo nervioso-muscular".¹⁶ Esta frase remite a la división del trabajo, entre trabajo manual e intelectual, que en opinión de Gramsci, debe ser superada por medio de una capacidad del in-

dividuo de desplegar su capacidad intelectual, en la "creación de una nueva capa intelectual".¹⁷ Implícitamente se aprecia una concepción del militante de origen obrero que debe ser el nuevo intelectual, el "intelectual orgánico", capaz de transformar el mundo material y socialmente.

Anotaba la ambivalencia del intelectual meridional: "...Democrático en su cara campesina, reaccionario en la cara que dirige al gran propietario y al gobierno, politicastro, corrompido, desleal..."¹⁸ Esto surgía del origen de clase del intelectual meridional que provenía de la burguesía rural que mantenía una fuerte aversión al campesino trabajador.

Establece también una diferencia regional entre el clero del norte y del sur de Italia. El clero del norte: democrático, buena relación con los campesinos. Mientras que el clero del sur, maneja la usura, extorsiona a los campesinos y tiene un conflicto con éstos.

El nuevo tipo de intelectual está originado en la industria, es el organizador técnico, el especialista en la ciencia aplicada. "El viejo tipo de intelectual era el elemento organizativo de una sociedad de base campesina y artesana predominantemente; para organizar el Estado, para organizar el comercio, la clase dominante cultivaba un determinado tipo de intelectual. La industria ha introducido un nuevo tipo de intelectual: el or-

14 Antonio Gramsci, "Algunos temas sobre la cuestión meridional" [1926], en María Antonietta Macciocchi, *Gramsci y la revolución de Occidente*, Siglo XXI, México D.F., 1980, 4ª. ed., p. 292.

15 Ver Alain Touraine, *¿Cómo salir del liberalismo?*, Paidós, Barcelona, 1999, p. 114.

16 Antonio Gramsci, "Algunos temas sobre la cuestión meridional", p. 391.

17 *Ibid.*, p. 392.

18 *Ibid.*, p. 303.

ganizador técnico, el especialista de la ciencia aplicada".¹⁹ Esto se origina en el esquema fabril donde están los técnicos (nuevo intelectual), los obreros calificados y los obreros no calificados.

En su definición de la sociedad meridional enfatiza su composición de clase:

"La sociedad meridional es un gran bloque agrario constituido por tres estratos sociales: la gran masa campesina amorfa y disgregada, los intelectuales de la pequeña y media burguesía rural, los grandes terratenientes y los grandes intelectuales".²⁰

Lo que une este bloque agrario es el viejo tipo de intelectual (intelectual tradicional): "Los intelectuales meridionales son un estrato social de los más interesantes y más importantes de la vida nacional italiana. Basta pensar en que más de las tres quintas partes de la burocracia estatal está constituida por meridionales para aceptar esa afirmación". Estos intelectuales eran el personal del Estado (burocracia) que ejercía la función de intermediación entre el campesinado y la administración en general; así como otra figura básica: el cura. En tales circunstancias, Gramsci considera que el campesinado constituía una masa disgregada que no puede dar "una expresión centralizada a sus aspiraciones y necesidades".²¹

Esto implicaba una dominación regional. En el norte italiano se concebía al sur como una región habitada por una población biológicamente inferior, de un atraso que era originado en la pereza. El

sur también era pensado como el lugar de la barbarie y la criminalidad. Esto se originaba en ideas de la literatura de fuerte tono positivista referida al sur e incluso eran sostenidas por el Partido Socialista, en tanto el ejército tenía una composición social de campesinos del sur quienes participaban en la represión a las movilizaciones de los trabajadores del norte.

Mirando su escrito sobre la cuestión meridional se puede concluir que los intelectuales son un grupo social que cumple un rol destacado en la relación entre las clases dominantes y las clases subalternas. Particularmente en el caso del sur italiano, definido como bloque agrario, había una capa de intelectuales que lo articulaba, cabe señalar que desde la perspectiva del PCI, se trataba de encontrar mecanismos de alianza con el campesinado del sur.

Concebía además al sistema escolar como generador de intelectuales. Las diversas gradaciones de los intelectuales según sea el sistema escolar más simple o complejo, razonamientos que serán retomados después en los *Cuadernos de la cárcel*.

En "Apuntes y notas dispersas para un grupo de ensayos sobre la historia de los intelectuales" (1932), se encuentra una ampliación y especificación de las ideas que habían sido expuestas en la cuestión meridional. El concepto de intelectual es trabajado con una mayor complejidad distinguiendo su original análisis del intelectual tradicional y el intelectual orgá-

19 Ibid.

20 Ibid., p. 302.

21 Ibid, 302-303.

nico con las raíces sociales de los diversos tipos de intelectuales, interrogándose sobre las diversas relaciones entre las posiciones de los intelectuales, sus funciones sociales y políticas, la relación con el aparato educativo, las jerarquías intelectuales y las particularidades nacionales. Ya no se sitúa en lo específico de las distinciones entre el norte y el sur de Italia y se aproximándose a una problemática más amplia.

Los intelectuales orgánicos emergen, en el planteamiento de Gramsci, a partir de la estructura industrial en la que los técnicos y profesionales organizan los esquemas de funcionamiento de los procesos laborales y productivos. Mientras que los intelectuales tradicionales serían aquellos que provienen de la tradición histórica y es así como considera en esta tipificación a los sacerdotes en tanto surgidos de una sociedad agraria y ligados con las aristocracias terratenientes.²² Más ampliamente, considera que la pervivencia de vínculos en el terreno de las relaciones sociales es donde están las raíces de los distintos grupos de intelectuales. "Se forman así históricamente categorías especializadas para el ejercicio de la función intelectual, se forman en conexión con todos los grupos sociales, pero especialmente en conexión con los grupos sociales más importantes y sufren elaboraciones más amplias y complejas en conexión con el grupo social dominante".²³ Está claro que en todo este ra-

zonamiento están los ecos de los razonamientos expuestos en *La cuestión meridional* acerca de los distintos tipos de intelectuales, aunque en el tratamiento más específico, antes señalado, sobre los intelectuales aparece una noción más compleja de la vinculación de los intelectuales en las "sobreestructuras", definidas como sociedad civil: "el conjunto de los organismos vulgarmente llamados 'privados'" y la sociedad política o Estado desde las cuales se construye la hegemonía y por tanto con una dependencia hacia el grupo social dominante.²⁴

Sin embargo, era también necesario establecer gradaciones entre los intelectuales: "De hecho la actividad intelectual debe ser diferenciada en grados incluso desde el punto de vista intrínseco, grados que en los momentos de extrema oposición dan una auténtica diferencia cualitativa: en el escalón más elevado habrá que poner a los creadores de las diversas ciencias, de la filosofía, del arte, etcétera; en el más bajo a los más humildes "administradores" y divulgadores de la riqueza intelectual ya existente, tradicional, acumulada".²⁵ No encuentra sin embargo una capacidad autónoma de los campesinos en crear sus propios intelectuales, aunque si un origen que puede dar lugar a intelectuales tradicionales surgidos del mundo campesino donde existía una actitud ambivalente hacia los intelectuales considerados

22 *Cuadernos de la cárcel*, vol. 4, Era, México D.F., 1986, pp. 353-354.

23 *Cuadernos de la cárcel*, vol. 4, p. 256.

24 *Ibid.*, vol. 4, p. 357.

25 *Ibid.*, vol. 4, p. 358.

como una aspiración de prestigio pero también de oposición. "La actitud del campesino con respecto al intelectual es dual y parece contradictoria: admira la posición social del intelectual y en general del empleado estatal, pero en ocasiones finge despreciarla, o sea que su admiración está teñida instintivamente de elementos de envidia y rabia apasionada".²⁶

Existe un terreno de articulación de los intelectuales orgánicos y los intelectuales tradicionales: el partido político que aparece como un espacio en el que los intelectuales orgánicos pueden tener su desarrollo específico, siempre con la capacidad de influir sobre los intelectuales tradicionales.²⁷

Al indagar acerca de los condicionamientos nacionales que producían distintos tipos de intelectuales, Gramsci ofrece unas reflexiones que establecen una distinción entre Italia, Francia, Rusia, Alemania y Estados Unidos. El caso italiano estaba ampliamente condicionado por el peso de la cultura católica que había dado preponderancia a los estamentos eclesiásticos, mientras que Francia había producido un tipo de intelectuales laicos que habían roto con las viejas clases como efecto de la revolución de 1789. Tanto en Inglaterra como en Alemania, los intelectuales mantenían lazos con las elites aristocráticas; el caso de los junkers alemanes mostraba a una raíz social como una "casta sacerdotal-militar". En Rusia se presentaría una europeización de los intelectuales que sin

embargo era complementario al vínculo con una raíz cultural nacional. En Estados Unidos no tenían mayor notoriedad los intelectuales tradicionales y la peculiaridad de la inmigración se traducía en un crisol nacional que debía unificar una diversidad cultural junto a la peculiaridad de la existencia de intelectuales negros así como de la fragmentación religiosa.²⁸ América Latina presentaba en cambio un cuadro de intelectuales vinculados al clero y los grandes propietarios. El caso japonés era análogo a los casos alemán e inglés, mientras que en China, la escritura había puesto un inmenso foso entre intelectuales y pueblo.

Intelectuales, cultura nacional, sentido común

Gramsci realizó algunas consideraciones importantes sobre la producción literaria italiana a partir de un hecho real, que la literatura italiana era poco leída en Italia y en cambio gozaban de amplia popularidad la literatura de aventuras, policial y melodramática de origen extranjero, especialmente francés. Al preguntarse por qué ocurría aquello, citaba un comentario de Aldo Sorani, un periodista que afirmaba que se producía una identidad entre el público y esas lecturas: "Se trata de escritores popularísimos de novelas de aventuras y de folletín, desconocidos o casi para el público literario, pero idolatrados y seguidos ciegamente por el público más numeroso de lectores que decreta las tiradas masto-

26 *Ibid.*, vol. 4, p. 359.

27 *Ibid.*, vol. 4, p. 60.

28 *Ibid.*, vol. 4, pp. 361-364.

dónticas y que de literatura no entiende en absoluto, pero quiere ser interesado y apasionado por intrigas sensacionales de aventuras criminales o amorosas. Para el pueblo *son éstos los verdaderos escritores* y el pueblo siente por ellos una admiración y gratitud que estos novelistas mantienen despiertas suministrando a editores y lectores una mole de trabajo tan continua e imponente que parecería increíble e insostenible por fuerzas, no digo intelectuales, sino físicas”.²⁹ De ahí que una de las claves de esta situación estaría dada por la inmensa separación entre los intelectuales y el mundo popular, puesto que estos concebían a éste como “los humildes”, lo que evidenciaba “una relación de protección paterna o paternal, el sentimiento “suficiente” de su propia indiscutida superioridad, la relación como entre dos razas, una considerada superior y la otra inferior. La relación como entre adulto y niño en la vieja pedagogía...”.³⁰

La literatura de folletín que había alcanzado un inmenso desarrollo en Francia e Inglaterra en el siglo XIX, era producto de una industria editorial que empujó a que los literatos escribieran de un modo simple y con argumentos que

revelaban tramas de amor y aventuras con cuyos personajes los lectores se identificaban.

En el desarrollo de la literatura en Francia e Inglaterra emergió una potente industria editorial con novelas dirigidas a lectores populares, y desde fines del siglo XIX Italia se vio invadida por esta literatura, cuyo autor más representativo fue Alejandro Dumas, mientras que, por el lado de la literatura culta, las traducciones de autores como Balzac o Dickens alcanzaban también al público más ilustrado. Se producía entonces un desencuentro entre los literatos italianos y el público lector, porque adjudicaban a “las clases bajas un carácter propio de gentes débiles, divertidas, antipatrióticas, poco inteligentes, absurdamente entregadas a una causa, cobardes y no auténticamente italianas”.³¹

Esto es lo que en las preocupaciones de Gramsci servía para pensar la cuestión nacional popular en Italia donde notaba que falta “una identidad de concepción del mundo entre ‘escritores’ y ‘pueblo’, de lo que se infiere que los sentimientos populares no son vividos como propios por los escritores, ni los escritores tienen una función ‘educativa

29 Gramsci cita un artículo de Aldo Sorani, “Romanzieri popolari contemporaneo” publicado en el *Marzocco*, 1931. Ver *Cuadernos de la cárcel*, Vol. 6, Ed. Era, México 2000, p. 38.

30 *Cuadernos de la cárcel*, Vol 6, p. 39.

31 Donald Sassoon, *Cultura. El patrimonio común de los europeos*, Crítica, Barcelona, 2006, p. 618. En las primeras décadas del siglo XX la producción de literatura de folletín fue muy importante en Argentina. Sus argumentos estaban referidos predominantemente a situaciones amorosas con historias sencillas que llegaron masivamente a los sectores populares. Desarrolló una perspectiva melodramática en la que se jugaban los sentimientos ligados a la felicidad y la vida cotidiana, aunque también emergían los dramas pasionales. Eran textos de circulación masiva, llegando a centenares de miles de ejemplares en circulación, en contraste con los bajos tirajes de la literatura culta que no llegaba a los mil ejemplares. Cfr. Beatriz Sarlo, *El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en la Argentina (1917-1927)*. Buenos Aires, Norma, 2004.

nacional', o sea que no se han planteado y no se plantean el problema de elaborar los sentimientos populares después de haberlos revivido y hecho propios".³²

Lo que había ocurrido en Italia era que los intelectuales "están lejos del pueblo, de la 'nación', y por el contrario están vinculados a una tradición de casta, que nunca ha sido rota por un fuerte movimiento político popular o nacional desde abajo"; una disyunción entre lo nacional y lo popular, puesto que lo nacional en los intelectuales se conectaba más con ideas librecas. Y como los literatos no producían una literatura vinculada a un público popular, se estaría ante la paradoja de que el intelectual italiano era "más extranjero que los extranjeros frente al pueblo-nación",³³ una aproximación que además describe a los intelectuales como productores culturales. Por ello, una de las inquietudes de Gramsci, refiere al hecho de que los intelectuales italianos no tenían una capacidad de crear una literatura que sea leída por los sectores populares, que más bien preferían la literatura francesa.

La falta de autores nacionales que produjeran textos de divulgación y teatro popular, denotaba la separación entre los intelectuales y el pueblo. "Los intelectuales no salen del pueblo, aunque incidentalmente alguno de ellos sea de origen popular, no se sienten ligados a él (aparte de la retórica), no conocen y no

sienten sus necesidades, sus aspiraciones, sus sentimientos difusos, sino que frente al pueblo, son algo separado, sin raíces, una casta, y no una articulación, con funciones orgánicas, del pueblo mismo".³⁴

Le correspondía una gran responsabilidad a la cultura laica por no haber desarrollado un mayor contacto con los sectores populares. "Los laicos han fracasado en su misión histórica de educadores y elaboradores de la intelectualidad y de la conciencia moral del pueblo-nación, no han sabido dar una satisfacción a las exigencias intelectuales del pueblo: precisamente por no haber representado una cultura laica, por no haber sabido elaborar un moderno 'humanismo' capaz de difundirse hasta los estratos más toscos e incultos, como era necesario desde el punto de vista nacional, por haber permanecido ligados a un mundo anticuado, mezquino, abstracto, demasiado individualista o de casta. La literatura popular francesa, que es la más difundida en Italia, representa por el contrario, en mayor o en menor grado, de un modo que puede ser más o menos simpático, ese moderno humanismo..."³⁵ Esto también se hacía extensivo a los literatos católicos que tampoco habían creado una literatura popular, lo que revelaba una ruptura entre la religión y el pueblo.

Una perspectiva de mayor complejidad emerge cuando Gramsci aborda el tema del sentido común en tanto se evi-

32 Ibid, vol. 6, p. 41.

33 Ibid, vol. 6, pp. 42- 43.

34 Ibid, p. 43.

35 Ibid, vol. 6, p. 44.

dencia en la vida cotidiana como una acción individual y colectiva donde justamente se expresa el sentido común como orientación básica en la vida social. El sentido común plantea una problemática equivalente a la que han desarrollado los historiadores de las mentalidades.

La filosofía espontánea es un tipo de concepción del mundo que se expresa en el lenguaje como conceptos y nociones, el sentido común y buen sentido y la religión popular y el folklore; "espontáneamente es la filosofía de las multitudes que se trata de hacer homogénea ideológicamente".³⁶

Una concepción del mundo reuniría elementos de pensamiento provenientes de la tradición, aspectos adquiridos de la 'ciencia', concepciones filosóficas más formales, etcétera. Pero el aspecto básico sería la tradición. "En el sentido común predominan los elementos 'realistas' materialistas, o sea el producto inmediato de la sensación tosca, lo que por otra parte no está en contradicción con el elemento religioso, todo lo contrario; pero estos elementos son 'supersticiosos', acrílicos".

En la discusión del sentido común Gramsci retoma expresiones de Marx en el sentido de su dimensión como creencias que tenían solidez y además orientaban conductas. Por ello, las creencias populares serían lo constitutivo del sentido común.³⁷

Por cuanto el sentido común tiene vinculación con visiones religiosas del

mundo corresponde al pensamiento de ciertas épocas signadas por un ambiente popular. Tiene una diferencia con la filosofía 'formal' que se elabora de manera individual, mientras que el sentido común se expresa en forma práctica como parte de un pensamiento colectivo que no se evidencia en un lenguaje escrito.

La filosofía de la praxis (el marxismo) efectúa una crítica tanto a la filosofía de los intelectuales como al sentido común, al redefinir la función del intelectual y las masas en la formación de un partido político.

Con esto puede hablarse de manera aproximada, que el sentido común sería un equivalente al hablar de ideología de las clases populares, pero sobre todo en su dimensión de actitudes y prácticas cotidianas. ¿Hasta qué punto las creencias populares son susceptibles de transformaciones? Una de las inquietudes de Gramsci es indudablemente el cómo se puede hacer política donde existen profundas creencias populares. Y de qué manera los nuevos intelectuales pueden insertarse en ese sentido común. Gramsci se enfrentaba a los prejuicios contenidos en el saber de los intelectuales y también en las concepciones ateas o cientificistas que se negaban a observar la religiosidad popular.

José Nun precisó que las ideas de Sorel y James estuvieron entre las fuentes que tuvo Gramsci acerca del sentido común. En términos generales, el sentido común es una concepción del mundo que se encuentra en distintos sectores so-

36 *Cuadernos de la cárcel*, vol. 4, p.262.

37 vol. 4, pp. 264-265.

ciales, se halla constituido por ideas provenientes de distintas fuentes que orientan a los sujetos en la vida cotidiana. En el sentido común existen núcleos de “buen sentido” que podrían ser potencializados en una concepción política que tome en cuenta las creencias populares. El sentido común es una construcción conceptual del observador y puede ser utilizada descriptiva y teóricamente. Por tanto, existe la necesidad de repensar las relaciones entre teorías, ideologías y sentido común popular puesto que producen interpretaciones de la realidad que se interrelacionan pero que son lógicamente distintas e incompatibles.³⁸

Muy claramente, Gramsci debatía con el tipo de teorización que había expuesto Bujarin en su *Ensayo sobre el materialismo histórico*. Se inscribe en su confrontación con aquellas versiones del materialismo histórico que ya habían empezado a circular (los nuevos mecanismos de difusión y vulgarización del marxismo). Bujarin desarrollaba una crítica a las filosofías constituidas, y justamente Gramsci objetó que el teórico ruso no tome en cuenta el sentido común y se embarque en una crítica a las filosofías de los intelectuales.

Cuando Gramsci enfoca la cuestión del folklore, lo hace desde una perspec-

tiva por él denominada como una “concepción del mundo y de la vida”, puesto que el sustrato de las prácticas culturales populares concebidas como folklore estaría en contraposición con las formas culturales oficiales, además de que podrían incluir aspectos modernos producidos por la difusión de la cultura impresa. De allí que el “folklore no debe ser concebido como una rareza, una extrañeza o un elemento pintoresco, sino como una cosa que es muy seria y debe tomarse en serio”.³⁹ Otras manifestaciones del folklore se hallaban expresadas en una religiosidad diferente a la que era sostenida por el aparato oficial de la iglesia. Sus indagaciones sobre el folklore abrieron una senda para el estudio de las culturas populares que fue muy fructífera en América Latina.

El mayor propósito de esta revisión de las ideas gramscianas sobre los intelectuales fue presentar sus elaboraciones que poseen una inmensa vitalidad puesto que van más allá de las visiones esquemáticas o reduccionistas que impiden situarlas en una problemática de mayor alcance. Para ello se hizo necesario revisar sus reflexiones considerando los matices de su pensamiento que recorren de manera obsesiva su escritura.

38 José Nun, “Gramsci y el sentido común”, *Punto de Vista*, No. 27, Buenos Aires, 1986, p.39. Puede ser sugestivo contrastar las ideas sobre el sentido común que sostiene Geertz: “El sentido común no implica un conocimiento esotérico, ni una técnica especial o un talento peculiar; pues exige un adiestramiento poco o nada especializado que solo de manera redundante llamamos experiencia, y que de forma misteriosa llamamos madurez. El sentido común, para decirlo con otras palabras, representa el mundo como algo familiar, un mundo que cualquiera puede y podría reconocer, y en el que cualquiera puede o podría mantenerse sobre sus propios pies”. Ver Clifford Geertz, “El sentido común como sistema cultural”, en *Conocimiento local*, Paidós, Barcelona, 1994, p. 114.

39 Antonio Gramsci, “Observaciones sobre el folklore”, *Cuadernos de la cárcel*, vol. 6, p. 205.

